

## REDACCIÓN: DEL COGITO A LA REALIDAD EXTRAMENTAL

Se nos plantea como tema para exponer dentro del pensamiento de Descartes, la cuestión del cogito y de la realidad extramental; empecemos por aclarar, siquiera sea sucintamente, qué significan estas expresiones con el fin de situar la presente exposición. La expresión "cogito" significa "yo pienso" en latín, y con ello nos referimos a la primera certeza a la que Descartes llega después de haber sometido todo a la duda; "pienso luego existo" como primera certeza que Descartes encuentra en el sistema de su pensamiento. Lo segundo, lo "de la realidad extramental", para entenderlo, requiere partir de lo anterior; hemos dicho que el "cogito", el "pienso luego existo" supone la primera certeza a la que Descartes llega, pero más allá de ese Yo, de esa consciencia de sí mismo, más allá de su propia mente, Descartes puede establecer alguna certeza más; pues bien, lo extramental será todo eso de más de lo que él mismo es, que consiga establecer como cierto. El título se propone como "del cogito a la realidad extramental"; de él se infiere que lo que debe centrar nuestro interés es ese paso que lleva a Descartes a rebasar la primera certeza en forma de nuevas certezas más allá de la certeza de su propia mente (lo extramental). En ello nos centraremos, pero previamente tenemos que ver de dónde surge la primera certeza, para lo cual tendremos que exponer, aunque sea esquemáticamente la cuestión de la duda; y para hablar de ella, en tanto que se trata de una duda metódica, previamente tendremos que haber referido algo del método. Así pues, en lo que sigue, el orden expositivo va a ser el método, la duda, la primera certeza (yo), para concluir en las demás certezas a las que llega Descartes después de esa primera: lo extramental. Veámoslo.

Descartes, en el contexto del pensamiento del XVII, recogiendo aún los frutos de lo que ha supuesto el Renacimiento en cuanto a humanismo, es decir, recuperación de la importancia de los asuntos humanos, y la llamada Ciencia Nueva, que supone la superación de la ciencia aristotélica en favor de las indagaciones de Copérnico, Kepler y, sobre todo Galileo, va a plantearse la necesidad de un método (como ya han hecho algunos de aquellos autores en el terreno del conocimiento experimental, básicamente Francis Bacon y Galileo Galilei). Pero Descartes se plantea la necesidad de un método en el campo de la Filosofía, pues es la Filosofía (a diferencia de esas ciencias experimentales que empiezan a emerger como conocimiento modélico), es un terreno donde es posible la contradicción continua, el sostenimiento de una cosa y la contraria; ello lleva a que no haya un progreso del conocimiento filosófico como sí lo está habiendo en aquellas ciencias. Descartes ve claramente que el motivo por el que las ciencias experimentales avanzan es por haberse dotado de un método; que si eso mismo se hace con la Filosofía, será de esperar que entre en un periodo de progreso como le ocurre a las ciencias. Para la elaboración del método, Descartes se fija en el proceder de las matemáticas, de la geometría o de la lógica, reconociendo la importancia que tiene la mecánica de la deducción; pero va a ver que el método que él busca debe ser un método original, nuevo, puesto expresamente al servicio de aquella necesidad. El método de Descartes, además de la deducción contendrá el otro mecanismo fundamental del conocimiento humano que es la intuición. Así, Descartes nos propone un método basado en cuatro reglas sencillas de aplicar y razonablemente adecuadas a toda investigación filosófica que se plantee. Las reglas de ese método son, en primer lugar no admitir nada como verdadero, a no ser que se tenga la certeza de que lo es, esto es, que se nos presente como claro y distinto; advierte Descartes que hay que evitar tanto la precipitación (admitir algo como evidente sin considerarlo en todas sus partes), como la excesiva prevención (no admitir nada como evidente pese a manifestarse como tal). La segunda regla habla de dividir un problema en sus partes constitutivas simples, regla que es llamada de análisis. A continuación, y en tercer lugar, se trata de que esos elementos simples deben ser recompuestos de nuevo en el todo del que forman parte, viendo cuales preceden a otros, qué orden guardan, de un modo deductivo. Finalmente, la última regla exige la cautela de revisar y recontar los pasos dados asegurándonos no haber omitido nada, y previniendo con ello el error.

Una vez expuesto el método, es el momento de ponerlo en práctica. Al proceder con la primera regla, Descartes se pregunta por qué cosas son aquellas que se nos presentan como evidentes, claras y distintas, lo que equivale a preguntarse de qué cosas no poseemos ninguna duda; resolver esta cuestión es posible sometiendo todo nuestro conocimiento a la duda con el fin de ver si hay algo de él que pueda resistirse a dicha duda; esto es, pues, la duda metódica, una duda planteada sobre todos nuestros conocimientos como exigencia de la aplicación del método. Así pues, Descartes va a empezar sometiendo a duda el conocimiento obtenido por los sentidos, razonando del siguiente modo: no es prudente fiarse de quien en alguna ocasión nos ha engañado, y es el caso que los sentidos nos engañan en alguna ocasión, al tomar por verdadero algo que no lo es; así pues el conocimiento de los sentidos no será un conocimiento del cual extraer una certeza indubitable, pues es posible dudar de su validez; abundando en esto, Descartes va a plantear un segundo nivel o motivo de duda, según lo siguiente: ocurre que a menudo, en sueños, atribuimos como real aquello que al despertar descubrimos que no lo es; pudiera ocurrir que lo que llamamos vigilia no fuera más real que un sueño, pues en los sueños, aquello soñado también lo tomamos como real no siéndolo; con ello, Descartes somete a duda, ya no solamente el conocimiento sensible que nos viene del mundo externo, sino la realidad física, la existencia misma de ese mundo. Sin embargo, sea cierto o falso nuestro conocimiento sensible, sea nuestra vigilia real como solemos creer, o un sueño si nada nos lo puede corroborar como real, existe un ámbito en el conocimiento humano donde su validez parece estar fuera de toda duda: eso son las matemáticas. Pero Descartes nos hace ver que incluso en ese

conocimiento, aparentemente válido e infalible de las matemáticas, es posible el error, la equivocación (lo cual no significa que las matemáticas sean en sí falsas, o engañosas, sino que al pretender conocerlas, nosotros podemos incurrir en error, como a menudo ocurre al realizar operaciones matemáticas); en las Meditaciones metafísicas, Descartes va a plantear un tipo de duda radical, hiperbólica, esto es, exagerada, pues va a postular la existencia de un ser -genio maligno- cuyo poder lo emplee todo en engañarme siempre, incluso en las operaciones matemáticas. Llegados a este punto, a Descartes no le queda ningún tipo de conocimiento al cual pueda cogerse puesto que todo está sometido al influjo de la duda, incluso las matemáticas. Pero es entonces cuando se percata de que existe una cosa que no es posible someter a duda, y eso es su propia realidad como ser pensante, pues, el propio hecho de dudar incluso es muestra más que suficiente de ello. "Pienso luego existo"; no se trata de deducir el existir del pensar como equivocadamente podría inducir a creer la partícula "luego"; se trata de una sola idea (pensar, existir) captado de modo inmediato y sin duda, es decir una verdad intuitiva, clara y distinta. Pero reparemos un momento en el significado de esta primera certeza a la cual vamos a llamar "el cogito" para abreviar. ¿En qué consiste esta primera certeza? Se trata de un elemento primero en el que se reafirma el Yo, la consciencia, eso que consiste en reconocerse como un ser con capacidad de poder justificarse y dar razón de sí mismo. De momento tan solo es esa la certeza con la que Descartes se ha encontrado: una sustancia a la que podemos dar los nombres de Yo o alma y cuyo atributo es pensar. Pero además, Descartes encuentra en esta certeza que es "el cogito" el criterio de cualquier posible nueva certeza, es decir, cualquier otra cosa que deba ser considerada como cierta, se me tendrá que manifestar con esa misma claridad y distinción. Pero si esto es todo el conocimiento del que Descartes puede tener certeza, va a resultar que se encuentra en una situación solipsista: sólo sé que existo yo, del resto no es posible más que la duda. Para salir de ese solipsismo, para ir del cogito a una realidad extramental (fuera de su propio Yo o mente), Descartes requiere de otras certezas además de la certeza de sí mismo. Veámoslo.

Esa primera certeza a la que ha llegado, "el cogito", consiste en una sustancia cuyo atributo es el pensamiento, y ese pensamiento se presenta de diversos modos: sentir, imaginar, soñar, saber, comprender, desear o dudar. Ahora bien, ¿cómo tiene lugar esa actividad pensante? En principio, digamos que el pensamiento tiene lugar con ideas; pensamos ideas. Descartes va a analizar qué y cómo son esas ideas, y descubre así que las hay de tres tipos: llama adventicias a aquellas que provienen del mundo exterior, un mundo que de momento no tiene ninguna razón para reconocer como cierto; otras ideas son producto de la imaginación, como cuando pensamos en una sirena o un centauro: a este tipo de ideas las llama facticias. Finalmente, reconoce un tipo de ideas que están en nuestro interior, son las llamadas ideas innatas y, obviamente, ni proceden de nuestra actividad imaginativa ni son adventicias; en este tercer tipo de ideas es en el que va a fijar su atención Descartes. De entre esas ideas innatas Descartes encuentra la idea de infinitud o la idea de perfección; estos van a ser elementos que le van a llevar a demostrar una segunda certeza: la existencia de Dios. Con estos elementos razona diversos argumentos que prueban la existencia de Dios; por ejemplo yo, ser imperfecto, descubro la idea de perfección como idea innata, pero dicha idea no puede haber sido causada por mí (si fuera así ya no sería una idea innata sino facticia), por lo que alguien "proporcional" a esa idea, esto es perfecto, debe haber sido su causante: luego ese ser perfecto existe: Dios. De un modo parecido es posible razonar respecto de la idea de infinitud, pero el razonamiento más concluyente que da Descartes para probar la existencia de Dios es el llamado "argumento ontológico", que a grandes rasgos dice así: tomemos un rasgo de lo que denominamos Dios, por ejemplo la grandeza, y decimos que Dios es el ser mayor que el cual nada existe (eso sería su atributo de infinitud); ahora pensemos en algo así: el ser mayor que el cual nada existe, y supongamos por un momento que dicho ser no existiera; nos estaríamos contradiciendo puesto que ya no sería el ser mayor que el cual nada existe, pues un ser así que tuviera existencia, sería efectivamente mayor que ese mismo ser sin existencia; luego el ser mayor que el cual nada existe, si realmente es lo que con ello se quiere decir, debe existir, luego Dios existe. Bien, probado que Dios existe, Descartes dispone ahora de una segunda certeza, quizá tan importante, si no más, que la primera, a tenor de la cantidad de cosas que va a poder inferir de dicha certeza. En primer lugar, la existencia de Dios acaba con la posibilidad planteada con la hipótesis del genio maligno, es decir, no puede ser que aquello que se había planteado de equivocarnos siempre que calculamos matemáticamente tenga sentido; luego con ello se admite la validez del conocimiento matemático; téngase en cuenta que no se está diciendo que el error no exista, pues efectivamente es posible la equivocación, pero Descartes resolverá esta cuestión al tratar de las cuestiones morales que tienen que ver con la libertad humana y nuestras elecciones, cuando las pasiones del alma acaban confundiendo a la razón; pero al desestimar la hipótesis del genio maligno con mostrar que Dios existe, lo que se está rechazando es la posibilidad de que el conocimiento deductivo de las matemáticas sea un error completo, luego se admite la validez de tal conocimiento matemático. Finalmente, con la existencia de Dios, también se desvanece la posibilidad de que no exista la realidad más allá de mí mismo y que todo lo que creemos como real sea un sueño; efectivamente, Dios, bondadoso por definición, no va a consentir ese engaño de hacerme creer en la existencia de un mundo exterior no siendo cierto, luego ese mundo exterior ha de existir tal cual (o de un modo bastante aproximado a como) se me representa. El mundo exterior es una sustancia distinta a lo que yo reconozco ser (pensamiento); el atributo de ese mundo exterior es la extensión, la materia; Descartes va a proponer un conocimiento de esa realidad extensa, pero a diferencia

de otros estudios que sí alcanzarán la categoría de ciencia como en Newton, la física cartesiana es una física que antepone como imprescindibles los elementos de su metafísica: la sustancia pensante, Dios y la propia sustancia extensa deducida dentro de ese sistema metafísico. Dicho de otro modo, la física de Descartes va a resultar una ciencia poco solvente, en tanto en cuanto deriva de una metafísica. Digamos también que pese a que ese Yo al que se llega con la primera certeza, el cogito, consiste en una sustancia pensante, ese Yo también se reconoce como parte del mundo extenso y material, en tanto que cuerpo; esta imagen del ser humano se corresponde con el denominado dualismo: cuerpo y alma, res extensa y res cogitans, de lo que Descartes va a proponer una solución un tanto pintoresca al afirmar que ambas sustancias se unen en el individuo en la glándula pineal.

Recapitulando, tenemos que Descartes llega a una primera certeza que es “el cogito”, después de haberse planteado la necesidad de un método en filosofía, y de haber sometido todo el conocimiento a la duda como exigencia del método. En esa primera certeza, logra salir del solipsismo que supone y recuperar la certeza de algo más que ese Yo con la demostración de la existencia de Dios (segunda certeza), y con ello el reconocimiento de la validez de las matemáticas y la recuperación del mundo externo o físico; con esto queda justificado el motivo de esta disertación con el asunto de cómo llega de la primera certeza (cogito, la propia mente) a otras certezas externas a esa mente. Digamos para terminar, que pese a que este es el orden expositivo de los elementos: Yo, Dios, Mundo; en orden a la importancia ontológica lo primero, lo que es sustancia en el sentido pleno de ser aquello que no requiere de nada más para ser, eso es Dios, pues como se ve en uno de los argumentos que prueban su existencia, yo descubro la idea de perfección, pero yo me reconozco como imperfecto (la duda), luego lo perfecto, y lo que es causa de todo – en la filosofía de Descartes- es Dios.